

## LA SANGRE DE CRISTO

¿Cuál es la vida cristiana normal? Hacemos bien, al comienzo, en considerar cuidadosamente este tema. El objeto de estos estudios es demostrar que es algo muy diferente de la vida del cristiano común. Verdaderamente una consideración de la palabra de Dios -del Sermón del Monte, por ejemplo- debería conducirnos a preguntar si tal vida ha sido alguna vez vivida sobre la tierra, salvo Únicamente por el Hijo de Dios mismo. Pero en esta Última frase está precisamente la contestación a nuestra pregunta.

El apóstol Pablo nos da su definición de la vida cristiana normal en Gálatas 2:20: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. He aquí su resumen de la vida cristiana:

Ya no vivo más, sino Cristo vive su vida en mí. Solamente una respuesta tiene Dios para cada problema humano: su Hijo Cristo. En todo su proceder con nosotros, Él obra desplazándonos a nosotros y colocando a Cristo en nuestro lugar. El Hijo de Dios murió por nosotros para nuestro perdón. El vive por nosotros para nuestra liberación. Así que tenemos dos sustituciones: un Sustituto en la Cruz que asegura nuestro perdón, y un Sustituto en nosotros que asegura nuestra victoria.

Tomemos la carta a los Romanos como base al estudiar la vida cristiana normal, considerando nuestro tema desde el punto de vista experimental y práctico.

## NUESTRO DOBLE PROBLEMA - PECADOS Y PECADO

Los primeros ocho capítulos de Romanos forman una unidad. En primer lugar será de ayuda destacar que ésta sección de Romanos se divide naturalmente en dos partes, y notar a la vez la sorprendente diferencia entre los temas de cada una de ellas. La primera termina en el verso 11 del capítulo 5 y la segunda en el fin del capítulo 8. La primera se dirige a los pecadores, y la segunda a los creyentes; y hay considerable diferencia entre las dos. Por ejemplo, en la primera sección se usa la palabra “pecados” repetidamente; en la segunda casi nunca. En la primera sección tenemos “pecados” en el plural; en la segunda tenemos “pecado” en singular.

¿Por qué es esto? Porque en la primera sección es cuestión de los pecados que he cometido ante Dios, que se pueden enumerar, mientras en la segunda es asunto del pecado como principio de vida en mí. No importa cuántos pecados cometo, es siempre el mismo principio de pecado que conduce a ellos. Lo primero necesita perdón, lo último liberación. Aunque alcance perdón por todos mis *pecados*, todavía por causa de mi condición de *pecador* no gozo de constante paz del alma.

Cuando al comienzo la luz divina penetra en mi corazón, mi único clamor es por perdón, porque reconozco que he cometido pecados a su vista; pero, una vez recibido el perdón de pecados, descubro algo nuevo, a saber, *el pecado*, y me doy cuenta que no sólo he cometido pecados delante de Dios sino que hay algo mal en mí. Hay una inclinación interior hacia el pecar, un poder que me lleva al pecado. Cuando ese poder me vence, cometo pecados. Puedo buscar y recibir perdón, pero luego pecó de nuevo. Y así sigue la vida en un círculo vicioso,

pecando y siendo perdonado, y volviendo a pecar. Aprecio el perdón divino, pero ansío algo más que eso: ¡Liberación! Necesitamos perdón por lo que hemos hecho, pero también necesitamos liberación de lo que somos.

## **EL REMEDIO DOBLE DE DIOS - LA SANGRE Y LA CRUZ**

Así en estos primeros ocho capítulos de Romanos se nos presentan dos aspectos de la Salvación - Perdón de pecados y Liberación de pecado. Ahora debemos notar otra diferencia.

En la primera parte (3:25 y .5:9) se menciona la Sangre del Señor Jesús pero nunca la Cruz. En la segunda parte, en el versículo 6 del capítulo 6, se introduce un nuevo tema: el ser “crucificado” con Cristo. La enseñanza de la primera parte se centraliza en aquel aspecto de la obra del Señor Jesús representado por “la Sangre” derramada para nuestra justificación por la “remisión de pecados”. Estos términos no se usan en la segunda sección, donde la enseñanza se centraliza ya en el aspecto de su obra representado por “la Cruz”, es decir, por nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

¿Por qué esa distinción? Es que la Sangre trata con todo aquello que nosotros hemos hecho, mientras que la Cruz procede con lo que nosotros mismos somos. La Sangre es para expiación, y tiene que ver con nuestra posición ante Dios y nuestro sentido de pecado. La Sangre puede quitar, remitir mis pecados, pero queda el “viejo hombre”. Se necesita la Cruz para crucificarme a mí, el pecador.

## **EL PROBLEMA DE NUESTROS PECADOS**

*“Todos pecaron”* (Ro. 3:23).

*“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su Sangre, por El seremos salvos de la ira”* (Ro. 5:8-9).

*“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús; a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su Sangre, para manifestación de su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”* (Ro. 3 :24-2.5).

Comenzamos, pues, con la preciosa Sangre del Señor Jesucristo y su valor para nosotros en tratar con nuestros pecados y justificamos a la vista de Dios. Más adelante en nuestro estudio tendremos razón de mirar detenidamente a la verdadera naturaleza de la caída del hombre y el modo de recuperarse. Ahora recordaremos que, cuando vino el pecado, encontró expresión en un acto de desobediencia a Dios. Y debemos recordar que, siempre que esto ocurre, lo que inmediatamente sigue es la conciencia de culpa.

El pecado entra como desobediencia para crear una separación entre el hombre y Dios. El hombre es separado de Dios, quien ya no puede tener comunión con él, porque hay algo

ahora que impide y es aquello que es bien conocido a través de las Escrituras bajo el título de “pecado”. Es Dios, en primer término, que dice “Todos están bajo pecado” (Ro. 3:9), entonces aquel pecado en el hombre, que en lo sucesivo constituye una barrera a su comunión con Dios, da lugar en él a un sentido de culpa, de alejamiento de Dios. Aquí es el hombre mismo quien, con la ayuda de su conciencia despierta, dice “He pecado” (Le. 15:18). Pero más aún, el pecado provee a Satanás su motivo de acusación ante Dios, mientras que nuestro sentido de culpa le da su motivo de acusación en nuestros corazones; así que, en tercer lugar, es “el acusador de los hermanos” (Ap. 12:10) que ahora dice “Tú has pecado”.

Por consiguiente, para redimimos y volvernos al propósito de Dios, el Señor Jesús debía hacer algo acerca de estas tres cuestiones: el pecado, la conciencia de culpa y la acusación satánica contra nosotros. En primer término, correspondía tratar con nuestros pecados y esto fue efectuado por la preciosa Sangre de Cristo. Luego ha de tratar nuestra culpa, tranquilizando nuestra conciencia culpable, por la demostración del valor de aquella Sangre; y el ataque del enemigo tiene que ser afrontado y sus acusaciones contestadas.

En las Escrituras la Sangre de Cristo aparece operando en tres maneras: hacia Dios, hacia el hombre y hacia Satanás. Por consiguiente, hay una necesidad absoluta de apropiarse estos tres valores de la Sangre, si debemos seguir adelante. Miremos, pues, a estos tres asuntos más detenidamente.

## **LA SANGRE ES EN PRIMER TERMINO PARA DIOS**

La Sangre es para expiación y tiene que ver primeramente con nuestra posición delante de Dios. Necesitamos perdón por los pecados que hemos cometido, para que no caigamos bajo juicio; y son perdonados, no porque Dios pasa por alto lo que hemos hecho, sino porque El ve la Sangre. La Sangre, pues, no es primeramente para nosotros sino para Dios. Si quiero entender el valor de la Sangre debo aceptar la importancia que Dios le da, y si no conozco algo del valor atribuido a la Sangre por Dios, nunca sabré su valor para mí.

En el calendario del Antiguo Testamento, hay un día que tiene mucha importancia en el asunto de nuestros pecados: el Día de Expiación. Ninguna cosa explica esta cuestión de pecados tan claramente como la descripción de aquel día. En Levítico 16 encontramos que en el Día de Expiación se llevaba la sangre de la ofrenda por pecado al Lugar Santísimo, y allí era esparcida ante el Señor siete veces. Esto debemos entenderlo muy claramente. En aquel día la ofrenda por el pecado fue presentada públicamente sobre el altar en el atrio del tabernáculo. Todo estaba a plena vista sobre el altar y podía ser visto por todos; pero el Señor mandó que ningún hombre entrara en el tabernáculo mismo aparte del sumo-sacerdote. Fue él solo quien tomó la sangre y, entrando en el Lugar Santísimo, la esparció allí para hacer expiación ante el Señor. ¿Por qué? Porque el sumo-sacerdote es una figura del Señor Jesús en su obra redentora (He. 9:11-12) y así en representación él era quien hacía la obra y ninguno, salvo él, podía ni siquiera acercarse para entrar. Aun más, agregado a su entrada, no había más que un solo acto, a saber, la presentación de la sangre a Dios como algo que El había aceptado, algo en que El podía hallar satisfacción. Fue una transacción entre el sumo-sacerdote y Dios en el Lugar Santísimo, lejos de los ojos de los hombres que habían de beneficiarse por ella. El Señor lo requería. La Sangre es, pues, en primer lugar, para El.

Ya anteriormente, en Éxodo 12 y 13, tenemos el derramamiento de la sangre del cordero pascual en Egipto para la redención de Israel. Esta, pienso, es una de las mejores figuras en el Antiguo Testamento, de nuestra redención. La sangre fue puesta sobre el dintel y en los postes de la puerta mientras que la carne del cordero se comió dentro de la casa; y Dios dijo: “Veré la sangre, y pasaré de vosotros”. He aquí otra ilustración del hecho de que no era propósito que la sangre fuese presentada a nosotros sino a Dios, porque la sangre fue puesta en el dintel y en los postes donde los que hacían fiesta dentro de la casa no la verían. Es la santidad de Dios, la justicia de Dios, que demanda que una vida sin pecado sea sacrificada en beneficio del hombre. Hay vida en la Sangre, y aquella Sangre ha de derramarse por mí, por mis pecados. Dios es el que requiere que sea así. Dios es aquel quien demanda que la Sangre sea presentada para satisfacer Su propia justicia y es El quien dice: “Veré la Sangre y pasaré de vosotros”. La Sangre de Cristo satisface perfectamente a Dios.

### **LA SANGRE Y EL ACCESO DEL CREYENTE**

La Sangre ha satisfecho a Dios: también debe satisfácernos a nosotros. Tiene, por consiguiente, un segundo valor que es para nosotros, los hombres - la limpieza de nuestra conciencia. Cuando venimos a la epístola a los Hebreos encontramos que la Sangre hace esto: “Purificados los corazones de mala conciencia” (He. 10:22).

Esto es sumamente importante. Miremos cuidadosamente lo que dice. El escritor no nos dice que la Sangre del Señor Jesús limpia nuestros corazones y allí se detiene en su declaración. Nos equivocamos si conectamos el corazón con la Sangre precisamente en ese modo. Puede mostrar un mal entendido de la esfera en que la Sangre opera si oramos: “Señor, limpia mi corazón del pecado por tu Sangre”. El corazón, dice Dios, es engañoso más que todas las cosas, y perverso (Jer. 17:9), es excesivamente malo para poder ser limpiado, por tanto Dios hace algo mejor: nos da uno nuevo. “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ez. 36:26). No lavamos y planchamos ropa que estamos por tirar. Así, veremos que la carne es demasiado mala para ser limpiada; debe ser crucificada.

¡No!, no encuentro que se diga que la Sangre limpia nuestros corazones. Es verdad que aquí en Hebreos 10, la obra purificadora de la Sangre tiene referencia al corazón, pero esto es en relación a la conciencia. ¿Cuál es, entonces, el significado de esto? Quiere decir que hay algo que intervenía entre mí mismo y Dios y, como resultado de esto, tenía yo mala conciencia cuando buscaba acercarme a El. Siempre me recordaba de la barrera que existía entre El y yo. Pero ahora por la operación de la preciosa Sangre, algo nuevo ha sido efectuado que ha quitado aquella barrera, y Dios me ha hecho conocer aquel hecho por su Palabra. Cuando eso ha sido creído y aceptado, mi conciencia inmediatamente es aliviada y mi sentido de culpa quitado, y no tengo más mala conciencia hacia Dios.

Cada uno de nosotros sabe cuán precioso es tener una conciencia libre de ofensa en nuestro trato con Dios. Un corazón de fe y una conciencia libre de cualquiera y cada acusación son ambos igualmente esenciales para nosotros ya que son interdependientes. Tan pronto como encontremos que nuestra conciencia está intranquila, nuestra fe se debilita e inmediatamente encontramos que no podemos mirar a Dios cara a cara. Y para poder seguir andando con Dios debemos conocer día por día el valor de la Sangre. Dios lleva cuentas cortas: somos hechos cercanos por la Sangre cada día, cada hora y cada minuto. Nunca pierde su eficacia

como nuestro terreno de acceso si de voluntad nos apropiamos de ello. Cuando entramos en el Lugar Santísimo, ¿por qué terreno osaremos entrar sino por la Sangre?

Pero quiero preguntarme: ¿estoy verdaderamente buscando la entrada en el Lugar Santísimo por la Sangre, o por alguna otra cosa? Y ¿qué quiero decir cuando digo “por la Sangre”? Quiero decir, sencillamente, que reconozco mis pecados, que confieso que tengo necesidad de limpieza y de expiación, y que vengo a Dios sobre la base de la obra terminada del Señor Jesús. Cuando yo me acerco a Dios, lo hago únicamente por medio de sus méritos y nunca en base a mis obras; nunca, por ejemplo, en base a que hoy haya sido más bondadoso o paciente que ayer, o porque haya hecho algo para el Señor esta mañana. Cada vez que me allego a Él tengo que venir por medio de la Sangre. La tentación para tantos de nosotros cuando tratamos de acercarnos a Dios es de pensar que por causa de Su trato con nosotros -es decir, porque Él ha estado procurando de traernos a algo más de sí mismo y nos ha estado enseñando lecciones más profundas de la Cruz- Él ha de presentarnos nuevas normas, y que sólo por alcanzar éstas podremos tener una conciencia limpia delante de Él. ¡No! Una conciencia limpia nunca se basa sobre nuestro alcance espiritual; sólo puede basarse en la obra del Señor Jesús en el derramamiento de su Sangre.

Puedo estar equivocado, pero siento muy hondamente que algunos estamos pensando en términos como éstos:

“Hoy he sido un poco más cuidadoso; hoy he estado obrando un poco mejor; esta mañana he estado leyendo la Palabra con más fervor, así que hoy puedo orar mejor”. O bien, “Hoy he tenido algunos contratiempos con mi familia; empecé el día un poco triste y malhumorado; en realidad no me siento muy animado, parece que algo anda mal, por tanto no me puedo acercar a Dios”.

Pero, ¿cuál es, después de todo, la base de tu acercamiento a Dios? ¿vienes a Él estribando en la insegura base de tus emociones, sintiendo que hoy has logrado algo para Dios? ¿O te allegas a Él basado en algo mucho más firme, en el hecho de que la Sangre ha sido ya derramada y que Dios mira a esa Sangre y está satisfecho? Por supuesto, de existir la mínima posibilidad de que la Sangre sufriera algún cambio, la base de tu acercamiento a Dios no sería digna de confianza. Pero es que la Sangre nunca ha cambiado ni cambiará. Tu acercamiento a Dios, por tanto, debe ser siempre en certidumbre plena. Cualquiera que fuera tu medida de alcance hoy, ayer o el día anterior, tan pronto hagas un movimiento para entrar en el Lugar Santísimo, inmediatamente debes tomar tu posición sobre el único terreno seguro, el de la Sangre derramada. Si has tenido un buen día o un mal día, o si has pecado conscientemente o no, tu base de acercamiento es siempre la misma: ¡la Sangre de Cristo! Este es el terreno sobre el cual puedes entrar, y no hay otro.

Como con muchas otras etapas de nuestra experiencia cristiana, este asunto de acceso a Dios tiene dos fases, una inicial y otra progresiva. La primera nos es presentada en Efesios 2, y la última en Hebreos 10. En primer lugar nuestra posición con Dios es asegurada por la Sangre, porque somos “hechos cercanos por la Sangre de Cristo” (Ef. 2:13), pero después nuestro terreno de continuo acceso es siempre la Sangre, como nos exhorta el apóstol: “Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la Sangre de Jesucristo... acerquémonos...” (He. 10:19, 22). Para comenzar soy hecho cercano por la Sangre, y para continuar en esta nueva relación acudo mediante la Sangre. No es que fui salvo sobre una base y ahora debo mantener mi comunión sobre otra. Tú dices: “Eso es muy sencillo; es el abecedario del

Evangelio”. Sí, pero lo malo es que muchos nos hemos apartado del abecedario. Pensamos que hemos progresado y que ya no nos hace falta, pero nunca es así. ¡No! Mi acercamiento inicial a Dios es por la Sangre, y cada vez que vengo ante El es lo mismo. Hasta el fin será siempre y únicamente sobre el terreno de la Sangre.

Esto no significa en ninguna manera que vivamos una vida descuidada, porque pronto estudiaremos otro aspecto de la muerte de Cristo que nos demuestra que se contempla cualquier cosa menos ésa. Pero por el momento basta que estemos satisfechos con la Sangre, que allí está y que es suficiente. Nosotros podemos ser débiles, pero el contemplar nuestra debilidad nunca nos hará fuertes. El andar compungidos y hacer penitencias no nos harán ni un poco más santos. No hay ayuda por ese lado. Por tanto, tengamos confianza cuando nos acercamos, en virtud de la Sangre: “Señor, no entiendo cabalmente cuál es el valor de la Sangre, pero sé que ella te ha satisfecho; luego, la Sangre es suficiente para mí, y mi única base. Comprendo ahora que no hace al caso si he progresado o si he logrado algo o no. Ahora se que cuando me acerque a Ti, será siempre en base a la preciosa Sangre.” Es así como nuestra conciencia estará realmente limpia delante de Dios. Ninguna conciencia podría estar limpia aparte de la Sangre. Es la Sangre la que da confianza.

“No tendrían ya más conciencia de pecado”: éstas son las tremendas palabras de Hebreos 10:2. Somos purificados de todo pecado, y en verdad podemos repetir con Pablo: “Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Ha. 4:8; Sal. 32:2).

## VENCIENDO AL ACUSADOR

En vista de lo que hemos dicho podemos ahora volver a encarar al enemigo, porque hay otro aspecto de la Sangre que es hacia Satanás. La estratégica actividad satánica hoy en día es la de acusador de los hermanos (Ap. 12: 10) y es así que nuestro Señor le afronta con su ministerio especial como Sumo-sacerdote “por su propia Sangre” (He. 9: 12) .

Recordemos aquel versículo: “La Sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de *todo* pecado” (1 Jn. 1:7). No solamente en el sentido general, sino cada pecado uno por uno: y ¿qué significa? ¡Oh, es una cosa maravillosa! Dios está en luz, y al andar en la luz con Él, todo está expuesto y abierto a aquella luz. Así que Dios puede verlo todo, y *aun así* la Sangre puede librar de todo pecado. ¡Qué limpieza! No es que yo no tenga un profundo conocimiento de mí mismo, ni que Dios no me conozca perfectamente. No es que yo trate de esconder algo, ni que Dios procure pasar algo por alto. ¡Nada de esto! Es que Él está en la luz y yo también estoy en la luz, y que allí la preciosa Sangre me limpia de *todo* pecado. ¡La Sangre basta para esto!

Algunos de nosotros, oprimidos por nuestra debilidad podemos a veces haber sido tentados a pensar que hay pecados que son casi imperdonables. Recordemos la Palabra: “La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”. Pecados grandes y chicos, pecados que yo crea pueden ser perdonados y pecados que parecen imperdonables, sí, todo pecado, consciente o inconsciente, recordados u olvidados, son incluidos en aquellas palabras: “*todo* pecado”. “La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”, y lo hace así porque en primer lugar satisface a Dios.

Ya que Dios, viendo todos nuestros pecados en la luz, puede perdonarlos sobre la base

de la Sangre, ¿qué terreno de acusación tiene Satanás? Satanás puede acusarnos delante de Él, pero “si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31). Dios le indica la Sangre de Su amado Hijo, Es la contestación suficiente contra la cual Satanás no tiene apelación. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:33,34).

Así que aquí, de nuevo, nuestra necesidad es reconocer la absoluta suficiencia de la preciosa Sangre. “Cristo, Sumo Sacerdote... por su propia Sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9: 11,12). Él fue Redentor una vez. Él ha sido Sumo-sacerdote y Abogado por casi dos mil años. Está allí en la presencia de Dios y “Él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:1, 2). Notad las palabras de Hebreos 9:14, “¿Cuánto más la Sangre de Cristo...?” Subrayan la suficiencia de su ministerio. Basta para Dios.

¿Qué, pues, de nuestra actitud frente a Satanás? Esto es importante, porque nos acusa no solamente delante de Dios sino también en nuestras propias conciencias. “Tú has pecado y sigues pecando. Eres débil y Dios no puede hacer más contigo.” Este es su argumento, y nuestra tentación es de mirar adentro y, en defensa propia, tratar de encontrar en nosotros mismos, en nuestros sentimientos o nuestro comportamiento, algún terreno para creer que Satanás está equivocado. Alternativamente somos tentados a admitir nuestra incapacidad y, yendo al otro extremo, ceder a la depresión y desesperación.

Así la acusación viene a ser una de las mayores y más efectivas armas de Satanás. Él llama nuestra atención a nuestros pecados y trata de acusarnos delante de Dios, y si aceptamos su acusación, caemos inmediatamente. En la práctica ocurre que aceptamos muy fácilmente la acusación de Satanás, La razón está en que aún nos aferramos a la esperanza de tener alguna justicia propia en nosotros mismos. La base de esta esperanza está errada.

Dios puede muy bien tratar con nuestros pecados; pero no podrá hacerlo con el hombre que acepta la acusación de Satanás, porque el tal no está confiando en la Sangre.

Nuestra salvación se encuentra en poner la vista en el Señor Jesús y ver que la Sangre del Cordero ha afrontado toda la situación creada por nuestros pecados y la ha contestado. Aquél es el segundo fundamento sobre el cual estamos. Nunca debemos procurar contestar a Satanás con nuestra buena conducta, sino siempre con la Sangre. Sí, somos pecaminosos, pero ¡alabado sea Dios! la Sangre nos limpia de todo pecado. Dios mira la Sangre por la cual su Hijo ha contestado la acusación, y Satanás no tiene ya terreno de ataque. Nuestra fe en la preciosa Sangre y nuestra negación a ser mudados de aquella posición es lo único que puede silenciar sus acusaciones y ponerle en derrota (Ha. 8: 33,34); y así será hasta el fin (Ap, 12:11). ¡Oh, qué emancipación si viéramos más del valor a la vista de Dios de la preciosa Sangre de su amado Hijo!

Volver a [www.LuzyVida.com](http://www.LuzyVida.com)